

La moda, cara visible del arte

Manuela B. Mena Marqués

Subdirectora del Museo del Prado

La moda en el arte tiene una curiosa cualidad que la relaciona con el agudo e ingenioso cuento de Andersen, *El traje nuevo del emperador*, que se presenta a sus súbditos completamente desnudo, engañado por sus aduladores ministros sobre la belleza de su invisible atuendo, de sutiles y maravillosas telas. El juego de engaños de unos y otros, temerosos de desagradar a su señor o de pasar por ignorantes, impide desenmascarar a los pícaros sastres, que hacen todos los ademanes de tejer y cortar un vestido, mientras se apropian del oro y la seda que les entrego el rey para su trabajo. La moraleja del cuento trata de la adulación y el servilismo de los seres humanos y de sus engaños, pero con el Arte y la moda pasa un poco lo mismo, todos pretenden ver el "traje nuevo" del emperador, para no ser tachados de ignorantes y el Emperador-Arte se rinde ante los engaños y la adulación vestido de su invisible traje. Impalpable y siempre cambiante, la moda se adapta a los seres humanos, convirtiéndose en su fachada social, el mismo papel que cumple en el arte, al que va íntimamente unida, siendo en muchas ocasiones su rostro visible.

En los últimos años, la moda, los "trapos" y "tiros largos", en esas definiciones populares del vestir tan a la española, ha entrado en los museos, a veces acompañada de la controversia, pues para algunos la moda roza el arte, sin llegar a tocarlo. La moda, de un modo "virtual" si se quiere, esta vinculada al arte y a los museos y quizá, de modo más evidente, a los museos de arte antiguo. La moda, en realidad, no parece Arte, aunque tiene de él algunas de sus características, los sentimientos, la emoción, la belleza, lo chocante en ocasiones. Es quizá diseño funcional de gran belleza y altura, pero si viste al Arte y en las manos del Arte se convierte en Arte. Los artistas, los pintores fundamentalmente, aunque también los escultores, fueron siempre grandes creadores de moda. Existe la idea generalizada de que no hicieron otra cosa que copiar a sus modelos con lo que ese día llevaban puesto. Nada mas lejos de la realidad. Si algún artista menor, de pocas luces imaginativas y escasa capacidad creadora pudo tomar el camino fácil de copiar la realidad, los grandes pintores de la historia fueron, o tuvieron que ser, al mismo tiempo grandes "modistos". Entre los teóricos del arte del

siglo XVII italiano, el movimiento y la belleza de los plegados que un artista daba a las telas y vestiduras de sus personajes constituían el elemento esencial para juzgar la calidad superior, intelectual, de su arte sobre el de quienes no tenían esa maestría y se limitaban a copiar lo que veían. Si pensamos en Velázquez como pintor o en Bernini como escultor esa idea de la invención intelectual de los ropajes y del "panneggiare" (los plegados y su "caída") queda perfectamente explicada, incluso en el retrato del Papa Inocencio que tan directo y realista parece, o en la Santa Teresa de Bernini, que lleva de todo menos el austero habito carmelita. En algunos casos, sobre todo en los retratos, los artistas eligieron cuidadosamente, junto a su modelo, pues el retrato es cosa de dos, el atuendo más favorable, el adorno -llamado ahora "complemento"-, exquisito y definitorio de la personalidad, o el color, que revela la alcurnia y el poder y define mejor que cualquier otro elemento el estado emocional y vital de una persona. Es evidente que si Goya hubiera retratado a la condesa de Chinchón de rojo, o con adornos de ese color, nadie la vería como una joven desvalida y frágil, aspectos de su situación personal que se acentúan por los sutiles tonos del blanco puro del vestido y el azul de sus adornos. En las composiciones inventadas, que narran una historia, es, sin embargo, donde se hace mas evidente el papel de creador de moda de un artista. Los vestidos de las damas de Piero della Francesca, en las Historias de la Cruz en Arezzo, a fines del siglo XV, se pueden poner como ejemplo de esa capacidad de un pintor genial para crear moda, como también en la frágiles damas de Botticelli. Moda que, en su caso, buscaba recrear el pasado, pero que por su sencilla modernidad ha sido fuente de inspiración, o de paralelismos, en tendencias y gustos actuales. Que la moda entre en un museo lo hemos visto en el caso de algunos grandes modistos del siglo XX, a los que se les han dedicado exposiciones en museos del máximo prestigio, como Balenciaga, Armani, y en España, Pertegaz. Más difícil de aceptar es el desfile de moda actual dentro de los muros de un museo, incluso de los de arte contemporáneo, aunque algunos de los diseñadores actuales hayan comenzado su carrera desde la arquitectura o la pintura. La barrera esta quizá en ese terreno sutil entre el diseño y su ejecución, que deja en el terreno de lo puramente manual y servil la realización final de un vestido, también entre los respectivos niveles de su funcionalidad, que en el arte es metafísica y en la moda, generalmente, no. En la pintura, sin embargo, el desafío, la idea del artista, se funde sin solución de

continuidad con la ejecución del vestido imaginado sobre el lienzo, sin otras manos intermediarias que las suyas. No llegaremos nunca a saber con seguridad si Durero en su *Autorretrato* juvenil del Museo del Prado, pintado en Venecia a fines del siglo XV, llevaba un vestido real y con él se retrató, o uno "virtual", de su invención, pensado para esa imagen excepcional. Tal vez nunca fuera ejecutado en la realidad, escenificando ante nosotros, siglo tras siglo, la misma farsa del traje nuevo del emperador, presentándose con la elegancia sofisticada de un príncipe de la pintura. Si hiciéramos desaparecer los vestidos de tantas y tantas escenas de la pintura, desde el pasado hasta nuestros días, nos quedaríamos como en el insólito *Jardín de las Delicias* del Bosco, con todos los personajes desnudos, en una total subversión de la realidad y, con ello, de la sociedad, que fue tal vez, aunque nadie se inclina por esa hipótesis, la idea del famoso pintor flamenco del siglo XV. Esa especie de Edén imposible y feliz, ajeno a la moda, y con ello a la sociedad y sus engaños, fue condenado con saña, -quizá sólo lo salvó de la quema la fina percepción del Arte nada menos que del contradictorio Felipe II-, por los moralistas de todos los tiempos, comenzando por los seguidores del concilio de Trento, a fines del siglo XVI, que han visto siempre en la dramática tabla final de ese tríptico, castigos infernales, bien merecidos a tanta insólita y gozosa libertad. Otros, mas efectivos y burócratas, hicieron cubrir los cuerpos desnudos de los condenados, y también de los salvados, en el Juicio Final de Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina. Tan difíciles de digerir esos bellos y potentes desnudos como los frágiles y delicados del Bosco, en esa ocasión, los arteros sastres, guardianes de la moralidad, cubriendo los cuerpos hacían desaparecer el Arte. Solo los artistas, no los inquisidores, pueden, en realidad, hacer Arte velando o desvelando los cuerpos a su antojo, como Velázquez en la Venus del espejo, que deja bajo ella o cerca de ella, el manto, el blanco vestido y su amoroso cingulo de seda, o Rubens, con la bella diosa que se esconde y se muestra apenas envuelta en su capa de pieles, o Manet con su *Olimpia*.

La moda en el arte hace visible al Arte, forma parte del mismo, quieta con él, como las naturalezas muertas, en el Tiempo. Manet escribía a su amigo Antonin Proust sobre el abrigo de pieles que su amiga y modelo Méry Laurent se había hecho en el famoso Worth: "Ah! Que abrigo de pieles, amigo mío, de un castaño leonado, con un forro de oro viejo. Me quedé completamente seducido... Al marcharme le he dicho: Cuando este

abrigo esté usado, usted me lo debería regalar. Me lo ha prometido. Será un fondo extraordinario para algunos de los asuntos con los que sueño". Manet es quizá uno de los artistas que serían incomprensibles si no fuera por la moda y por el modo en que él la incorporó al Arte, conscientemente, de pleno derecho, como parte de lo más elevado de la creación humana, cuando su arte era despreciado por no presentar grandes temas de historia, sino solamente la "Vida moderna". En esa "vida moderna" del París de mediados del siglo XIX, la moda fue esencial, como símbolo visible de los avances de la sociedad, y Manet el primero en darse cuenta de esa metáfora. Telas, colores, vestidos, adornos, sombreros ponen de manifiesto las ideas de Manet sobre el Arte y la vida, desde las elegantes jóvenes de *El balcón* a su *Dama de los abanicos*, Nina de Callias, o de *La parisina* a su desvestida *Nana*, empolvándose ante el espejo en su *boudoir*, cuyo corsé manifiesta la modernidad de Manet al afirmar: "El corsé de satén es quizá el desnudo de nuestro tiempo".

Como Manet, mucho antes ya, Goya había entendido que la moda formaba parte de la vida moderna, que él también tomó como eje de su arte más personal. Selectivo, elegante, verdadero creador de moda, Goya dejó un amplio abanico de lo más bello de su tiempo, poniendo, sin duda, él también, de moda, algunos de los vestidos con los que pintó a sus elegantes modelos. Como el blanco vestido de gasa, con la banda roja a la cintura, de la duquesa de Alba, cuyo efecto debió de trascender, seguido de otras damas, como ejemplo perfecto de la elegancia más depurada y clasicista de un periodo, como tantos otros terrible, de nuestra historia. Las majas coloridas, elegantes y graciosas son suyas, y con ligeros toques Goya pone y quita adornos, añade colores, da ideas de conjuntos que seguramente fueron después aprovechados por las jóvenes en la calle. Tan fuerte fue su sugerencia de moda, que la definición de "goyesco" ha quedado en España para siempre como una mezcla de tipismo, desgarró y gracia en el vestir, más allá de lo que fue la moda real del siglo XVIII. Variado y rico en composiciones y retratos, el Arte de Goya es uno de los ejemplos de como la moda "viste" al Arte y como él puede producir también arte puro, lejos de la moda, como lo está el amor, en su Maja desnuda. Al ser el centro del Arte de todos los tiempos el ser humano y sus acciones y sentimientos, la moda tiene ese carácter fundamental, visible y al mismo tiempo inmaterial. Como Goya, otros habían llegado también a esa cumbre mágica de fusión entre la subsidiaria moda y la creatividad absoluta. Como su

contemporáneo David, en el *Retraro de Madame de Récamier*, ejemplo puro de la sociedad ideal y optimista surgida tras la Revolución francesa, muy diferente a la española.

Más atrás en el tiempo, Van Dyck, en el siglo XVII, se viste a sí mismo en sus autorretratos o a sus elegantes damas aristocráticas, de un modo que, como el de Goya mucho después, convierte la moda en vida real, a través de la cual permanece la historia del tiempo en que vivió. Rembrandt por el contrario, se centró en la creación de magníficos vestidos regios, soberbios, de diosas y reinas de la Antigüedad, nunca vestidos en la realidad, y de los que adivinamos la materia de las telas, su corte, su caída como si estuvieran ante nosotros. La Venecia del siglo XVI, -ciudad lujosa y elegante como el París de Mamey- propició el sentido de la moda en los artistas que pintaron en ella desde el siglo XVI, como Veronés, cuyo valor y expresión artística serían muy distintas sin sus grandes creaciones de moda, o Tiepolo y sus sofisticados atuendos, ya en el siglo XVIII. No estoy hablando de los artistas que diseñaron verdaderos modelos para la realidad, fundamentalmente para el teatro, como Stefano della Bella o Baccio del Bianco, en la Florencia de principios del siglo XVII, sino de los que hicieron parte consustancial de su pintura esa gran hojarasca "superficial" de las telas y los vestidos, que en ellos se convierte en la esencia misma de su pintura, en el modo perfecto de recrear al ser humano y sus acciones. Al pensar en ese devenir de la historia unida a la moda, todas las culturas valoraron el vestido por encima del desnudo. En egipcios y asirios, romanos, chinos milenarios y japoneses hasta el arte de la India, los persas y turcos y la cultura europea desde sus inicios más tempranos, a la caída del Imperio romano, el arte se hace visible a través de la moda, elevada a la categoría de compañera de los seres humanos desde que Adán y Eva cubrieron sus vergüenzas con la famosa hoja de parra. Salvo los griegos, que centraron sus presupuestos artísticos y estéticos, de un modo puramente filosófico, en el valor puro del cuerpo humano desnudo, sin el aditamento vulgar y pasajero, pues no hay nada más pasajero que la moda, de las telas.

Más perceptivos que otros a la realidad que les rodea, los propios artistas captaron el valor del vestido también hacia sí mismos y su presentación ante la sociedad. Hay anécdotas muy variadas que afectan al modo de vestir de los pintores y escultores hasta nuestros días. La idea de la suciedad o el desaliño en el vestir, que acompaña a

quien trabaja con sus manos, como los artistas, revolvía a quienes ya en el Renacimiento pretendían demostrar a todos que el artista no era un vulgar trabajador manual, sino que su trabajo era mental, equiparable por ello al de los poetas y humanistas, que se movían en el mundo de las ideas abstractas. Fue el arquitecto Giambattista Alberti, quien en sus tratados, advirtió a sus compañeros de profesión, aún minusvalorados en su tiempo, que debían de vestirse con especial cuidado y elegancia y presentarse siempre limpios y en perfecto estado de revista. Debió de ser, sin duda, quien marcó, ya entonces, el especial modo de vestir de los arquitectos, elegantes e informales a la vez, que ha llegado hasta nuestros días, convertido casi en cliché de atuendo moderno, a la vez clásico y ligeramente provocador, que hace reconocer a un arquitecto a varias leguas de distancia. Mas dejados, y desastrados, fueron desde un principio los escultores, Donatello o Miguel Ángel, poco dado este último a refinamientos del traje, pero la palma de la elegancia sofisticada, anticonvencional, provocadora y ajena a la moda-moda, se la han llevado siempre los pintores. Quizá fuera Rafael de Urbino, contemporáneo del exquisito Dürero, ya mencionado mas arriba, el primero que asombro a sus conciudadanos con al elegancia de sus vestiduras, pero Leonardo no le fue a la zaga, y nos admira Tiziano con sus variados bonetes, terciopelos y, ya en sus últimos años, la sobria elegancia del negro más puro, como si de un rey español se tratara. De Velázquez, el cortesano pulido, no hace falta ni hablar, pues en *Las meninas* queda claro que tan rey es él como su rey, igualados ambos en el negro de la corte española, aunque la coqueta cruz de Santiago sobre el pecho, le permite añadir el toque de rojo sobre el corazón, que desvela a nuestros ojos su pasión por el poder y, quizá también, otras pasiones escondidas y amorosas. Goya, no fue menos. Su manía por el autorretrato, nos lo deja ver de joven, con larga melena suelta, de majo aterciopelado, de sobrio caballero y de anciano casi revolucionario, con el blanco cuello abierto, de los patriotas franceses. Sus sombreros, detalle esencial de la moda masculina, son un símbolo de su elegancia, como el de copa con el que se retrata en los *Caprichos*, o la graciosa gorrita ladeada, con la que un amigo pintor le retrató en sus últimos días de Burdeos, muy puesto a la última moda francesa. Manet, el dandy de París, siempre exquisitamente aristocrático, como sus amigos, y sus amigas pintoras, Berthe Morisot y Eva Gonzales, siguen mostrando ese cuidado en el vestir, con ligeros guiños a la moda, que han tenido los pintores

desde antiguo y que llega a los representantes del siglo XX, con algún ejemplo furibundamente libertario como Picasso y sus camisetas de rayas y pantalones cortos. Establecido ya incuestionablemente el artista, pero solo en el siglo XX, como uno de los ejes más elevados de la sociedad, apartado para siempre de la idea plebeya del trabajo manual, no tiene que vestirse de aristócrata si no quiere, sino de proletario, de obrero de la construcción o mecánico engrasado si así le resulta más cómodo. Un egregio representante de la pintura inglesa actual, que sobresale por su desaliño indumentario, del que no diré el nombre, yendo de esa guisa a una elegante cena, me dijo: "Me han invitado a mí, no a mi traje, ¿no?, pues ya saben que yo visto así". Ahora, si vemos a un artista vestido a la última moda, sin ninguna nota original o bohemia, ponemos de inmediato en duda su arte, casi de un modo instintivo, pues la libertad va unida indisolublemente a la creación artística. ¡Tanto ha cambiado la sociedad desde el siglo XV renacentista de Alberti!. Se espera del artista, precisamente, lo que se aparta de lo convencional, el detalle rabiosamente personal y original, el choque de lo elegante y lo funcional y popular, -como hizo Goya al vestirse de aterciopelado majo-, convertido en algunos ejemplos extremos en verdadero uniforme y manifiesto de vanguardismo de los elegantes modernos de todas las profesiones: los pantalones vaqueros con las chaquetas azul marino de botones dorados de navegante, que recuerdan a los días mejor vestidos de Andy Warhol, quizá el primero en llevar, él con indudable gracia y originalidad, semejante conjunto de prendas, proletarias y antiproletarias. No hay más que pasearse por una feria de arte contemporáneo para tener todos los ejemplos de esta moda personal, contemporánea, de los artistas. En la *Bienale* de Venecia, la feria de Basilea, ARCO, etc. etc. artistas y pseudoartistas, gente del mundo del arte, críticos y galeristas se presentan en sociedad envueltos en el invisible "traje nuevo del emperador" moderno. Engañados y engañadores, se exponen a la discriminación, o catalogación, de los escasos observadores de la naturaleza humana: "zum Austellung!", "A la exposición!", como especímenes dignos de ser expuestos en los museos y "*kunsthallen*". Otra cosa muy diferente había sido el absolutamente inimitable Joseph Beuys, por mucho que lo hayan intentado, con su sombrero, su chaleco sobre una purísima camisa blanca, sus pantalones desgarrados, convertido en indudable pieza de arte, en manifiesto de la austeridad del artista y de su propio y politizado cosmos.

Pero la moda, en los museos, colgada de alambres o maniqués, deja de tener sentido, pues su sentido es fundamentalmente vivo, cambiante, vestir, sugerir, tapar y destapar el cuerpo humano en movimiento. La modelo más valorada no es la percha, ni la luz, el foco inmóvil de los museos, sino la que con su cuerpo y su movimiento pone en marcha y saca todo el partido de un vestido o la que, natural, hace centellear un adorno y marca las luces y sombras de las telas. ¿Es arte la moda? Quizá, como el propio Arte con mayúscula, solo excepcionalmente, quizá cuando no está pensada para vestir en realidad nadie, sino sólo a una idea. En realidad son pocos los elegidos, los que están tocados de la divina locura del Arte. Picasso decía que todos los seres humanos de niños son artistas, "lo difícil es seguir siendo artistas cuando crecemos".

Curiosamente fue un niño el único que se dio cuenta de que el Emperador no llevaba un traje nuevo, sino que iba desnudo, diciéndolo sin complejos a quienes estaban a su lado, hasta que el pueblo entero gritó contra el engaño. Sin embargo, la moda en los cuadros de los museos sigue viva, colgada en humanas perchas que murieron hace siglos. Una heroína de nuestro tiempo, tan adorada por el pueblo, y tan volcada en la moda, fue sin duda Lady Di. Visitando el Prado, poco interesada en el arte-arte, ajena al mismo, aburrida tras los pasos de su marido, vestido de sí mismo, es decir de Príncipe de Gales, que si se interesaba en el arte-arte, como buen príncipe, mirando a un lado y a otro sin encontrar asidero en aquella masa de pinceladas abrumadoras, empezó a encontrar un sentido a esa cuestión enigmática, cuando le fui mostrando la moda de tantos personajes lejanos, ajenos a nuestro tiempo. Solo entonces, sus ojos se avivaron, se interesó, empezó a hacer preguntas, entendió que aquello tenía un interés especial, que a ella misma le producía curiosidad y, ganas de pasar de una sala a otra, de Tiziano a Rubens, de Velázquez a Goya, donde la bella Marquesa de Santa Cruz, su rival en el tiempo, la esperaba recostada en su canapé: "¿Qué era la mujer más bella de su tiempo?", dijo, celosa y contrariada, la princesa moderna, "¡Pues no era alta!". Vaivenes de la moda...